



22 de junio, Biarritz

Es temprano.

He dormido un poco. Abro los ojos.

Por un momento no sé dónde estoy.

Luego recuerdo la noche anterior, las manos sobre mis hombros, empujándome, dirigiéndome, la cólera y los insultos, el corazón acelerado, las palmas de las manos sudadas.

Y de repente, con las tripas en caída libre, reconozco dónde estoy, las paredes desnudas, la manta áspera, la bombilla colgando del techo.

Estoy en un calabozo de la policía francesa debajo del Ayuntamiento de Biarritz, en un sótano vacío. El lugar huele a meado y a desinfectante. Un hombre borracho grita sin descanso en una celda del pasillo.

Son las seis de la mañana. La mañana de una nueva vida. Aunque no sé qué vida será. ¿Qué siento? Alivio, vergüenza, miedo, vacío, soledad.

Y cansancio, estoy muy cansado.

Fuera ha salido el sol y ya calienta los tejados. Los surfistas más madrugadores estarán bajando a la playa, también estarán abriendo la pastelería que hay cerca de mi piso y las discotecas se estarán vaciando. Este sitio ha sido mi hogar. Les caía bien. Ahora ya no. Ahora apartarán la mirada. Ahora no soy de los suyos.

Francia, donde me han detenido y donde me humillarán y me denostarán, no es mi hogar. Ni lo es Gran Bretaña, donde renegarán de mí por

lo que soy ahora. No tengo hogar. Ahora floto, voy a la deriva, me adentro en el mar, soy una manchita en la lejanía.

Ahora sé que todo ha acabado.

No hay razones justas, no hay excusas fáciles, no hay salvación. En lugar de eso estoy ciego, sin afeitado, tengo los ojos rojos. Me quitaron el móvil, el cinturón y los cordones. «Por si acaso», dijeron.

Por si acaso.

Hundo la cabeza en la capucha de la sudadera. Me doy cuenta de que he perdido todo lo que una vez soñé, pero mi único sentimiento es de aceptación. No siento tristeza, solo la constatación de que hace mucho tiempo que no soy feliz.

Cierro los ojos, me cubro la cabeza con la capucha y me vuelvo hacia la pared. Quiero oscuridad, pero esta luz no se apaga nunca. La pared de enfrente, la de la puerta cerrada, es de plexiglás. La privacidad es algo del pasado.

No puedo dormir.

No puedo dormir porque soy culpable y eso me lo impide. Solo puedo pensar en formas de explicarme, de justificarme, pero sé que no puedo. Es inevitable, sin embargo, que me pase horas y horas intentándolo sin parar.

Me tumbo en el banco de madera y me quedo quieto, preguntándome cuándo empezará todo de nuevo, cuándo vendrán a hacerme más preguntas. Catorce horas en este calabozo sin comida ni compañía.

Oigo que golpean la puerta. Por fin. El cerrojo gira y el policía del arma, el que se había reído de mí, entra.

—Bon. On y va.

El traslado arriba, a la sala de interrogatorios, es humillante. Conozco a algunos de los policías que trabajan aquí. Me trataban como si fuera alguien especial, me pedían autógrafos. Ahora me miran de forma completamente distinta, sienten vergüenza ajena. También percibo lástima.

Me hacen preguntas durante veinticuatro horas, entran y salen de la sala de interrogatorios. El poli bueno, el que está al mando, parece razonable. Interpreta su papel.

—David, entiendo que estás sometido a muchas presiones —dice—. Todo es culpa de Cofidis y de François Migraine. No es culpa

tuya, ¿de acuerdo? Ellos son los responsables de que ahora estemos aquí, no lo olvides.

Al poco rato se va. Me quedo solo con el de la sorna y el arma. Y él también interpreta su papel. Sabe cómo hacerme daño.

—Sé qué clase de persona eres, David —se mueve por la sala, se abalanza sobre mí—. No eres más que un tramposo y un mentiroso.

Acaba el segundo día y apenas he dormido en cuarenta y ocho horas.

Sé que lo voy a perder todo: mi carrera y mi deporte, la casa, el coche, el prestigio, el dinero, el estilo de vida.

Me da igual perderlo todo, a pesar de que creía que era lo más importante. Es un alivio, seré libre. Es una revelación.

Me llevan de nuevo a la sala de interrogatorios. Pregunto si puedo hablar con el otro policía, el tercero, el que nunca se ha dirigido a mí.

Se ha quedado en un segundo plano, parece el de menor rango de la brigada antidopaje. Entra en la sala.

—Estarás cansado —dice mientras me sirve un vaso de agua.

—Sí, estoy cansado —le confirmo.

Bajo la vista un momento y me miro detenidamente las manos, bronceadas y ásperas de las horas pasadas agarrando el manillar, entrenándome y compitiendo con mis compañeros de Cofidis durante miles de kilómetros.

Levanto la cabeza y lo miro. Él también me está mirando.

—Mira, David, esto no se va a quedar aquí —me dice—. No vamos a parar.

—Ya lo sé —contesto.

Ahora por fin estoy preparado.

—Quería contártelo yo. No quiero darles a ellos, a los otros, esa satisfacción.

Y empiezo.

Dejad que os cuente quién soy.

Me llamo David Millar.

Soy ciclista profesional, deportista olímpico, estrella del Tour de Francia, campeón del mundo... y me dopo.

Y quiero empezar de nuevo.

9 de julio de 2009, Barcelona

Quizá penséis que después de todo lo ocurrido, tras la humillación más amarga, habría querido dejar el ciclismo profesional. En realidad hice todo lo contrario. Empecé a amarlo más que nunca. Me di cuenta de lo afortunado que era por disponer de una segunda oportunidad y quise recuperar el tiempo perdido. Me lo debía a mí mismo y al chaval idealista y romántico que había sido.



Por eso, mientras pedaleaba solo bajo la lluvia, a treinta kilómetros de la meta en Montjuïc, seguía creyendo.

El pelotón del Tour me iba a la zaga, pero yo seguía avanzando a mayor velocidad, aferrado al primer puesto. Por el auricular me llegaban indicaciones de tiempos, ánimos e improperios de Matt White, mi director deportivo australiano, que me seguía al volante del coche del equipo.

Los helicópteros de la televisión me sobrevolaban a tan poca altura que la basura que soltaban caía en la carretera y los rotores me ensordecían mientras giraban sobre mi cabeza. En la ladera se apiñaban aficionados catalanes que no paraban de gritar. Coches de prensa, comisarios de carrera y motos de los medios zigzagueaban a mi alrededor. El dolor en las piernas y en los pulmones se apoderaba de mí y en mi rostro se reflejaba la tensión a medida que me acercaba a la cumbre del ascenso final.

Era intenso, era insoportable.

Era maravilloso.

Hace ya algunos años que vivo en Girona, en Cataluña. En el pasado, muchos otros profesionales —Lance Armstrong, Bradley Wiggins, Floyd Landis— también vivieron allí. Aun así, nunca imaginé que una etapa del Tour de Francia empezara en esa tierra. Pero la quinta etapa del Tour del 2009 nacía allí y el recorrido consistía en una ruta de ciento ochenta kilómetros hacia el sur, hacia Montjuïc, en Barcelona, que discurría por carreteras por las que yo me entrenaba todos los días. El Tour se disputaba en mi terreno.

Durante el invierno, antes de los entrenamientos de pretemporada, los que vivíamos en Girona solíamos reunirnos en una cafetería situada en la tranquila plaza de la Independència. Esta se encuentra solo a unos doscientos metros de donde estaban aquel día aparcados los autocares de los equipos del Tour y de donde, la noche anterior, habían aparecido las carpas de la zona de salida de la etapa, que habían tomado el centro de la ciudad. Aquellos días grises y fríos de invierno parecían muy lejanos.

Era una mañana calurosa y por allí había miles de personas pululando. Era imposible distinguir entre acera, calzada o aparcamientos. La inexorable fuerza del Tour se había apoderado de todo. El mejor espectáculo ciclista había llegado a la ciudad y yo formaba parte de él.

Nicole y yo estábamos sentados en la zona de salida con Brad y su mujer, Cath, mientras sus hijos corrían a nuestro alrededor. Los niveles de energía del hijo de Brad y Cath, Ben, cuya cabecita estaba cubierta por una gorra Garmin, nos recordaban a Zorro, nuestro terrier de un año.

Mientras tanto, mi yo «competitivo», animado por las insinuaciones de Nicole, estaba afectándome la mente. Al día siguiente iríamos hasta Andorra y subiríamos a la estación de esquí de Arcalís, la primera de las tres etapas de los Pirineos. La anterior semana de competición había sido muy dura; en la contrarreloj por equipos nos dejamos la piel para acabar segundos. Yo aquel día me había esforzado sobremanera y había acabado tan destrozado que no había podido comer nada hasta casi siete horas después de cruzar la línea de meta. Había sido todo muy difícil y de una dureza extrema, y aún quedaban dieciocho días de Tour.

A Nicole no le importaba.

—¿Dedicamos la tarde a ver el Tour? —preguntó—. Tienes que prometerme que intentarás ganar. Juegas en casa, es tu etapa, tienes que intentarlo.

—Claro que lo intentaré —dije con indulgencia—. Lo haré solo por ti. Luego fui más preciso.

—Claro que no ganaré. De hecho, si todo sale como está previsto, no me verás ni una vez. Ganará un velocista y el día será de lo más relajado para todos.

Ben tiró a su madre de la manga.

—Mamá, tengo que hacer pis —dijo.

Brad dejó la taza de café y se levantó.

—Ya le llevo yo —dijo—. Venga, Ben, vamos a buscar los lavabos.

Mi amigo se subió a la bici y se fue. Ben fue detrás de él, corriendo entre periodistas, vips y parásitos.

Una hora y media más tarde estaba de nuevo inmerso en un mundo de dolor muy cercano a mi límite. El pelotón iba muy estirado y avanzaba a toda velocidad por la cuesta que hay a la salida de Sant Feliu y que es el principio de la carretera de la costa —una carretera que conozco bien por los entrenamientos invernales— cuyos primeros veinticinco kilómetros discurren implacables entre curvas.

En la pretemporada me costaba subir las cuestas y abordaba con cuidado los descensos con el piso húmedo. Ahora, con ciclistas jurando y escupiendo a mi alrededor, y tras haber cubierto solo dos de los veinticinco kilómetros, ya me encontraba cerca de mi límite más absoluto. Íbamos mucho más rápido de lo que me parecía posible en esas carreteras que conocía tan bien. Con un veloz pelotón al ataque, cada giro, vuelta y cambio de rasante tomaban una nueva dimensión, mucho más amenazadora.

Matt y el coche del equipo estaban muy atrás y el pelotón avanzaba serpenteando por la costa recortada. Por la radio, en lugar de recibir consejos tácticos o información, por el momento solo me llegaba silencio.

Como deportista, es increíble lo concentrado que puedes llegar a estar cuando llevas el cuerpo cerca de sus límites. Mientras buscaba un equilibrio entre el esfuerzo máximo y el derrumbe total, los detalles de cada curva, de cada cambio de rasante grabados en mi recuerdo por los entrenamientos de repente se volvían mucho más vivos de lo que habría imaginado posible.

Aun así, en el tira y afloja de la carrera era difícil discernir si iba avanzando entre el pelotón o si era el pelotón el que se deslizaba hacia atrás. En momentos así, cuando vas a tope, los ciclistas se desesperan, se aferran al ritmo con uñas y dientes, luchan, pelean incluso, para no quedarse descolgados.

Pronto la flor y nata llegó a los primeros puestos. Alberto Contador, los hermanos Schleck, Frank y Andy, y Lance Armstrong empezaron a dejarse ver, una señal clara de que el pelotón estaba a punto de partirse. Estos ciclistas solo enseñan sus cartas si notan que la carrera entra en una fase crítica.

Sabía que la única forma de evitar la opresión del pelotón era con fuerza y voluntad. Animado por la emoción de competir en casa, cualquier idea de tomármelo con calma que hubiera podido tener era ya un recuerdo lejano. Solo esperaba que Nicole estuviera viéndolo.

No podía reprimir al chaval romántico, al adolescente que había pedaleado por los parques de Hong Kong fingiendo liderar el Tour de Francia, con la diferencia de que en 2009 era un fanático del ciclismo renacido compitiendo en la carrera más importante del mundo. El avezado luchador profesional de treinta y dos años suspiraba resignado.

No tenía más remedio que mantenerse al margen y dejar que el muchacho interpretara su papel.

Se produjo otro movimiento en el pelotón y los ciclistas importantes que quedaban volvieron a salir en tropel para que nadie escapara y no se formaran grupos. Pedaleábamos como posesos, presos de nuevo de la desesperación. De todas formas, algo era evidente: estábamos todos jodidos.

Contra toda lógica, puesto que todo el mundo había superado su límite, era el momento. Sentía que el ácido láctico me subía por el cuerpo (piernas, brazos, hombros) y hacía más de veinte minutos que el corazón me latía por encima del umbral de lo controlable. Pero había muchas posibilidades de que si alguien protagonizaba una escapada lograra llegar victorioso a la línea de meta en Montjuïc.

Los hombres más fuertes del mundo estaban destrozados y sabía que era ahora o nunca. Era el momento de atacar.

En el ciclismo profesional, cuando decides escaparte en solitario tienes que estar decidido y mostrar una convicción total. No hay medias tintas. Así pues, fui subiendo las marchas, usé la fuerza de mi peso para aplastar los pedales y atacé con todo lo que tenía. El cuerpo, que me pedía a gritos que parara, estaba anulado.

Tras unos treinta segundos de esfuerzo, miré atrás por debajo del brazo y vi que no me seguía nadie. Cambié al modo contrarreloj, controlando la fuerza para poder seguir un cuarto de hora más, hasta que hubiera una distancia considerable y, con un poco de suerte, un grupo con buenos corredores capaces de seguir el ritmo empezara a intentar darme alcance.

Pero el ataque me salió mal. Estaban todos tan hechos polvo y tan contentos de verme escapar que se relajaron. Solo otros dos corredores, dos de los mejores ciclistas franceses, Sylvain Chavanel y Stéphane Augé, demarraron. De todas formas, sabía que por muy rápido que fuéramos, solo tres no íbamos a llegar a Barcelona antes que el pelotón que nos perseguía.

Por detrás, el pelotón se reagrupó. Uno por uno, los ciclistas que se habían quedado rezagados durante los treinta minutos de locura de la carretera de la costa fueron alcanzando la parte final del grupo. Se

tomarían un respiro, comerían algo, beberían, comentarían tácticas. Una vez descansados, las decisiones tácticas se tomarían en función de la situación de la carrera.

Todos nuestros esfuerzos seguramente serían en vano, pero lo retransmitían en directo por la televisión, nuestros patrocinadores y el mundo entero nos estaban observando, y teníamos la obligación de competir. Por tanto, debíamos seguir adelante. Pero el nuestro era un ataque kamikaze con pocas posibilidades de éxito. Estaba furioso con mi impetuosidad, cabreado por permitir que las emociones me condujeran a una situación tan absurda.

La ventaja se redujo a dos minutos y entonces empezó a llover. Cada vez tenía menos confianza. Empecé a quedarme atrás en las bajadas y en las curvas. Por algún motivo, mi capacidad de manejar la bici por las resbaladizas carreteras de costa catalanas me había abandonado. Le rogaba al pelotón que nos diera alcance y que nos librara del sufrimiento en lugar de alargar la agonía.

Pero cuando vas en bici, la mente se vuelve juguetona. De repente estás de lo más desesperado y al momento siguiente los ánimos vuelven a estar arriba, aupados por una sensación positiva apenas perceptible, alentados por el optimismo. A treinta kilómetros de Barcelona, la lluvia empezó a caer con una fuerza inusitada hasta aquel momento y, a medida que el aguacero se intensificaba, yo iba reponiéndome.

Todavía teníamos una ventaja de un minuto. Quedaba una ascensión, seguida por el descenso a las afueras de Barcelona, y luego solo quince kilómetros por el centro de la ciudad. Mientras abordábamos la última subida dejé atrás a los que me habían acompañado durante tanto tiempo y, de forma instintiva, lancé un ataque mayúsculo.

Las motos de la televisión avanzaban a mi lado y oía el zumbido de los helicópteros sobre mi cabeza. El cielo se oscurecía y seguía lloviendo, pero yo estaba como pez en el agua. Sabía que si seguía distanciando en la cima de la última subida, después, haciendo el descenso solo y aprovechando todo el ancho de la carretera, podía ganar tiempo.

Luego solo tendría que dejarme llevar y llegar como pudiera.

Al dejar atrás la última subida había una atmósfera extraña, solitaria, oscura. El dolor iba menguando y cada vez me sentía más tranquilo.

Además, redescubrí las habilidades para manejar la bicicleta que antes me habían abandonado. Delante de mí, en el momento en el que me disponía a coger una curva a toda velocidad, una de las motos de la carrera se tambaleó y cayó encima de una alcantarilla. Una sola mancha de aceite o de barro esparcida por el piso y yo también me iría al suelo.

La radió volvió a la vida y la voz emocionada de Matt White sonó en mi auricular.

—Dave —me dijo—, has ganado tiempo en el ascenso, tienes más de un minuto. Los Astana controlan el pelotón, no se arriesgarán en el descenso. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Volví a rodar entregado, cogiendo cada curva con una precaución que a duras penas era mayor que el riesgo que corría. En cuanto volviera a ponerme derecho, esprintaría, pedaleando frenéticamente, hasta recuperar de nuevo la velocidad.

A medida que me acercaba solo al centro de Barcelona, tomaba conciencia del gran número de personas que había por todas partes. Había mucho ruido, muchísimo, y sentía que toda la ciudad me animaba.

Matt (conocido también como Whitey) gritaba.

—Dave, tío, estás que te sales, no pueden alcanzarte. Les llevas más de un minuto. Aquí atrás es un caos.

Quedaban diez kilómetros. Diez kilómetros de avenidas largas y anchas que se extendían ante mí y que brillaban en la penumbra. En aquel momento me sentía catalán. La gente me apoyaba, me ayudaba en cada esquina, me animaba a que acelerara en cada esprint, me pedía que no disminuyera el ritmo.

Volví a oír ruido en el auricular.

—¡Joder, Dave, puedes hacerlo! Aquí detrás hay choques todo el rato, los equipos lo están dando todo para alcanzarte. ¡No bajes el ritmo ni de coña!

Cinco kilómetros para la meta y aún estaba ahí, a la cabeza del Tour de Francia con cuarenta y cinco segundos de ventaja. Aquello se convirtió en una persecución pura y dura: David Millar contra el pelotón, el momento más importante de mi carrera desde mi regreso. El mundo lo estaba observando, mi madre se estaba comiendo las uñas en su casa

de Londres, Nicole, mi novia, apenas podía mirar en un bar de Girona, las dos rodeadas de amigos, con los nervios transmitiéndose en todas direcciones en forma de SMS.

Inevitablemente, yo estaba cansado. Me había esforzado por mantener la velocidad a cincuenta kilómetros por hora en esas avenidas inacabables, pero mi cuerpo había dejado de escucharme. Las fuerzas me iban abandonando y yo iba disminuyendo la cadencia. Los segundos iban cayendo como fichas de dominó.

Pero Matt no tiraba la toalla.

—Treinta segundos, Dave, treinta segundos... ¡Esto es la leche, tío! Estás a punto de lograrlo. ¡No abandones! —bramaba—. Ahí detrás puede pasar cualquier cosa, no puedes imaginarte la carnicería que hay montada.

Pero por mucho que quisiera ganar, por mucha potencia que quisiera generar, no podía. Ni siquiera los miles de catalanes que abarrotaban las calles implorándome que siguiera luchando podían ayudarme. Ya no tenía el control; era solo cuestión de tiempo que el pelotón, sudado y empapado, me adelantara.

Entré en la plaza de Espanya y vi de frente el gran espectáculo que es Montjuïc. Por un momento me quedé perplejo, pero aquello me proporcionó una dosis final de energía y empecé a subir solo la durísima pendiente. Por detrás, el pelotón ya alcanzaba a verme.

Me balanceé a la derecha por la carretera que ascendía hasta la meta e intenté aumentar la velocidad, pero ya podía oírlos, sacándolo todo en su esfuerzo por adelantarme, por ponerse en cabeza en lo que quedaba hasta la meta, a tan solo un kilómetro.

Y de repente el pelotón me había adelantado, tragado y escupido.

De todas formas, eran hombres con los ojos rojos, ausentes, que parecían haber luchado su propia batalla para alcanzarme. Aquello me hizo sonreír: en el grupo de delante solo quedaban cuarenta y sabía que los habían presionado para que llegaran al límite.

Según abandonaba la parte de atrás de aquel grupo, mi cuerpo y mi mente se apagaron. Recuerdo una o dos palmaditas en la espalda, un par de halagos por la carrera. Quizá no había echado a perder el día después de todo. Los tíos a quienes acababa de amargarles la vida me mostraban respeto.

Me dieron el premio al ciclista más agresivo del día, que se suele dar al gran fracasado de la etapa y que patrocina Coeur de Lion (Corazón de León), un queso francés, lo que es bastante apropiado. Me dirigí al podio, me dieron un pequeño trofeo y estreché la mano de mucha gente.

Por lo general nadie se acuerda de las escapadas en solitario, quizá solo cuando llegan a buen puerto. Fue una locura por mi parte, pero el ciclismo es una locura, por fortuna. La belleza, el sufrimiento, la grandeza y el talento es lo que lo convierten en algo especial.

Ese día aprendí también algo más: la forma como uno pierde la batalla a veces puede eclipsar la victoria.